

Sábado XXII del TO
Ciclo B



7 de septiembre de 2024

1Cor 4, 6b-15

Sal 144

Lc 6,1-5

P. Eduardo Suanzes, msp

¿Por qué se empeña Jesús en nadar siempre contra corriente? La respuesta, creo yo, mirando el conjunto de los evangelios, es esta: porque coloca siempre al ser humano y al pueblo de Dios en el centro, y no la obediencia por la obediencia ni la ley por la ley¹. Porque frente a la minuciosidad esclavizante y segregacionista de los fariseos, Jesús se conduce, por el contrario, con total libertad². Él no vive obsesionado por la letra de la ley, ni ahogado en una tradición cada vez más laberíntica. Su interpretación de la ley es flexible y realista, inspirada por el criterio del amor y la justicia.

Una vez más, y al hilo del episodio que vimos ayer, el pasaje del Evangelio de hoy sobre las espigas arrancadas en sábado muestra la profunda diferencia en la comprensión de la ley por Jesús y por los fariseos. Ellos protestan porque los discípulos se permiten arrancar espigas en sábado. La advertencia es doble: arrancar espigas es para los fariseos un gesto equivalente a cosechar y como tal, un trabajo no lícito pues atenta contra la santidad del sábado, según el libro del Éxodo³. Pero además, los fariseos aplican también una prescripción del libro del Levítico⁴ que prohíbe comer el grano de la nueva cosecha cuando el tiempo de cosechar está pronto. Se reconocía, sin embargo, la excepción a los pobres de alimentarse con las espigas caídas a la vera de los campos, pero no de arrancar las espigas directamente del tallo. Jesús lo amplía con su contestación. Pero, en segundo lugar, ¿acaso no dieron los sacerdotes las ofrendas reservadas para ellos a David y sus compañeros hambrientos?⁵.

Este es el punto clave de ruptura con la interpretación farisea: Jesús considera que una necesidad humana básica puede revocar la prescripción de la ley. Dos lecturas de la Palabra entran aquí en choque. Los fariseos conocen la ley y la aplican automáticamente, según su buen saber y entender. Jesús, por su parte, conoce la ley pero tiene en cuenta prioritariamente una necesidad humana material elemental: el hambre de los pobres. Los fariseos no perciben el hambre, Jesús sí. Y este criterio zanja la discusión entre la lectura de unos y otros: los discípulos comen las espigas porque el hombre concreto tiene prioridad sobre la ley.

¹ FRANÇOIS BOVON. *El Evangelio según san Lucas. Lc 1-9. T. I.* Ed. Sígueme. Salamanca, 1995

² Cfr. HUGO ECHEGARAY. *La práctica de Jesús.* Ed. Sígueme. Salamanca, 1982

³ Cfr. Ex 34, 21

⁴ Cfr. Lv 23, 14

⁵ Cfr. 1 Sam 21, 1-7; 2 Sam 8, 17

Lo inusitado del procedimiento de Jesús consiste en su relativización de la ley a partir de la respuesta que hay que dar, con hechos, al hermano agobiado por una necesidad elemental: comer. Pero lo que resulta también excesivo para su tiempo es su manera de leer la palabra de Dios, al oponer bruscamente un texto, el de Samuel, a otro texto, el del Éxodo, que es el que invocan los fariseos. Jesús se refiere a la Escritura sin tratar de ocultar la posibilidad de una contradicción y se opone así al proceder de una lectura entonces predominantemente armonizante, que todo lo explicaba a las mil maravillas: “todo estaba clarito”, según los fariseos. Pero si, como Jesús pone en evidencia, puede haber conflicto entre textos, es porque hay situaciones que llevan a una opción motivada por contradicciones reales que hacen que al interior del pueblo de Dios haya gente saciada y gente con hambre. Esa opción es resueltamente dirimida por Jesús en la línea de superar la contradicción histórica real, en función de la cual se concretiza **la regla del amor como criterio de la fe y por lo tanto como norma de interpretación de la Escritura**. Y creo yo que aquí está la clave.

La discrepancia de la lectura de Jesús con respecto a la lectura realizada por los fariseos proviene de este diferente principio de interpretación. La tradición de los fariseos no lee la ley desde la realidad humana, mientras que Jesús sí. Y, en consecuencia, la lectura de Jesús viene a trastocar junto con el sistema de lectura corriente, admitido por todos, el sistema mismo que se escuda, se parapeta, se protege, tras una lectura, en el fondo reductora y minimizante, de la ley que olvida al ser humano, porque eso descentra de uno mismo y hace que se pierda el control.

Jesús está diciendo que de nada sirve hacer proliferar al infinito los mandamientos de la ley si se ignora su verdadero eje, su centro de gravedad. La lectura de la ley hecha por los fariseos es una lectura ciega, sin centro de gravedad. Los fariseos extreman precauciones para no transgredir la ley. Pagan incluso el diezmo de las hierbas silvestres que brotan en el jardín, pero descuidan el corazón de la ley: la justicia y el amor de Dios⁶.

Jesús se enfrenta aquí a una concepción de la fe que establece sus contenidos independientemente del amor al prójimo e interpone barreras formales entre un grupo de elegidos y la masa. Pero el amor de Dios está por encima de toda norma, de cualquier norma. Y ese amor de Dios se dirige a todo hombre. Por eso, todo hombre (el bien del hombre) está por encima de toda norma. Esa (el bien del hombre) es la norma suprema. Continuando con el evangelio de ayer, ese es el vino nuevo, el paño nuevo, el «chip» nuevo. Esto es lo que proclamó Jesús, y no tiene vuelta de hoja.

⁶ Cfr. Mt 23, 23; Lc 11, 42